

EL CRISTO DE LA AGONÍA



Era un portento; la gente se agolpaba para ver el famoso Cristo, y Cosme de Médicis en persona, rodeado de los más esclarecidos varones de su corte, de los más famosos artistas que contaba Florencia en aquella época gloriosa para el arte, había ido á admirar la obra del célebre escultor.

A duras penas podía la guardia del príncipe contener las inmensas oleadas de la multitud, ávida de contemplar la efigie, que expuesta en la nave central de la iglesia, había sido entregada por Cellini á la cofradía que se la encargara, para la celebración de las funciones religiosas de Semana Santa. Desde que en la capital de Sicilia se expusiera el lienzo de Rafael, que representa el encuentro de Jesús y de su madre en la calle de la Amargura, lienzo conocido más tarde con el título de *El Pasma de Sicilia*, existente hoy en el Museo del Prado, no recordaba nadie un éxito artístico tan grande.



Maravilla de verdad, de sentimiento, el Cristo esculpido por Benvenuto causaba la impresión doble del terror y de lo extraterreno. Bello como el Apolo de Delfos; distendidos los brazos de fina y hermosa musculatura; contraídos por horrible dislaceración los dedos de las manos; levantado el pecho á impulso de estertor espantoso, que delineaba con tal fuerza el esófago, que parecía iba á romperse; acusados los tendones del cuello de un modo violento; la divina faz desencajada; entreabiertos los labios que contraía la muerte próxima apagar el soplo de la vida orgánica que le restaba; los ojos desmesuradamente abiertos; las pupilas divergentes, nunca el arte había alcanzado á sorprender la expresión suprema de la agonía que debe produ-

cir un martirio como el de la cruz, con tanta verdad, con fidelidad tan grande. Y la blancura amarillenta del mármol de que estaba hecha la efigie, concluía de determinar la ilusión horrible y soberanamente estética que producía en el espectador la cabeza agonizante del Mártir.



Y ¿Cellini? En vano fué buscado por todas partes; había desaparecido de Florencia.

Cosme de Médicis mandó registrar la casa y el taller del gran artista. Cuando los enviados del príncipe penetraron en el local donde Benvenuto esculpía, un grito de espanto se escapó de todas las gargantas. Atado á un madero, sujetos los brazos y las piernas con fuertes ligaduras, pendía en cruz el modelo, un hermoso jóven de veinticinco años, atravesado el corazón con la daga del maestro.



Antes que el príncipe se hubiera repuesto del asombro que le causara la noticia, los hermanos de la Cofradía habían enterrado el Cristo en lugar olvidado para siempre.

¡JESÚS!



¡Zenbat aldiz esaten dizutan:
Ni ez naiz ni, baizikan Zu nigan!

ANTONIO ARZÁC.

